

Opiniones académicas

Modelo de Medición de Grupos de Investigación, año 2014

José Alberto Pérez Toro

REVISTA RAI N° 10 - 2014

En el pasado editorial de la revista *RAI* N° 10, comentábamos sobre los episodios de la investigación científica en sus vertientes de las ciencias exactas y las disciplinas de las ciencias sociales en boga, para medir la posición de los grupos de investigación, la dinámica de la indexación de revistas académicas y la calidad de los investigadores sometidos a calificaciones y escalafones intelectuales. Encotrábamos que economistas como Milton Friedman y Marc Blaug alertaron a la comunidad científica sobre el peligro que existe al aceptarse la hipótesis nula, como forma de demarcar la validez de una teoría, y otros metodólogos que proponen hipótesis para resolver el problema de la singularidad de los eventos, como una condición para acoger un objetivo de investigación para demostrar la validez de la misma. Sugerían, que comprobar hipótesis con el método científico, apoyados con la asistencia del método hipotético-deductivo, el de la causa-efecto, y el de la corroboración de los intervalos estadísticos de confianza, es una manera de hacer ciencia pero en opinión de muchos, excepto Colciencias, no la única.

Nos llamó la atención la propuesta del gobierno para imponerle alcances al “Modelo de Medición de Grupos de Investigación, Desarrollo Tecnológico o de Innovación y de Reconocimiento de Investigadores del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación, año 2014” similares para las ciencias exactas y sociales.

Nos parecía un poco pretencioso considerar que las fórmulas empleadas en las ciencias exactas, tan útiles para explicar causalidades más o menos evidentes, o para encontrar correlación entre pocas variables, tal cual las emplean los médicos para establecer conexiones entre la calidad del agua y la presencia del vector de la diarrea, o conocer aspectos de la teoría evolutiva de las especies, cuando indaga sobre la adaptabilidad de un ave migratoria en vuelo polar, fueran las mismas para el tono discursivo de las ciencias sociales y en idéntica manera proceder a calificar a nuestros investigadores nacionales y sus órganos de difusión y expresión académica.

Considerábamos que este es un método, que es adecuado para construir cierto tipo de conocimiento científico, pero no siempre es confiable para los propósitos de las ciencias sociales, tales como las relaciones internacionales, el derecho o la historia, todavía ciencias

en evolución, postulado curioso que justificó la terminación de la revista que editamos. El académico Christopher Lloyd en su obra de 1995, *The Structure of History*, en la página 27, trabaja el tema de los “dominios de conocimiento” para justificar de qué manera puede haber un diálogo más fluido entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Su proyecto consiste en reunir varias teorías y así poner en perspectiva elementos de un “dominio de conocimiento”, integrando con ello aspectos de las relaciones internacionales con estructuras de la política económica internacional, o con disposiciones teóricas de la estrategia de las instituciones de las Naciones Unidas. Langlois y Seignobos sugerían que las ciencias humanas y las ciencias naturales son diferentes y requieren disímiles análisis epistemológicos, razón que abre un diálogo entre los dos modelos analíticos, para acercar a la ciencia que crea conocimiento, y aquella que lo valida.¹

El profesor Karl Popper en su obra *The Poverty of Historicism* (1972, págs. 20-25), fue mas allá al sugerir aspectos interesantes y muy distintos a los expresado por el documento de Colciencias, ya que señala con su análisis que el modelo del gobierno no es útil para entender el objeto de estudio de las ciencias sociales, cual es separar proposiciones para definir tendencias y establecer escenarios predecibles o identificar tendencias de los hechos como corresponde a las disciplinas serias de las ciencias sociales. Popper dice que nuestras disciplinas sociales sí son valiosas, porque acogen los postulados y metodologías de una forma válida de hacer ciencia, mediante el uso de los modelos inductivos interpretativos. Agrega el reconocido autor, que corresponde a las ciencias sociales aportar con su modo de indagación, el significado predictivo de las tendencias, la fijación de metas y la disposición de estrategias y favorecernos del concurso de la imaginación, para definir tiempos y espacios que no se repiten y que cuando tienen alguna similitud permiten hacer prospectiva.

Tal vez, por omitir estos razonamientos que nuestro esfuerzo científico social, concluya su labor con el presente número la revista *RAI* en espera de que otros editores mas audaces pongan en el mismo plano de igualdad metodológica dos campos del saber que por definición tienen objetos de estudio diferente, en virtud de que al confundir esos eventos únicos con ocurrencias repetitivas y sucesivas, puedan proponer fórmulas matemáticas exactas para precisar por qué ocurren las guerras, o predecir situaciones de conflicto entre Estados o regiones, o encontrar regularidades entre eventos corrientes de la sociedad como suceden en el mundo de la física, donde es posible proporcionar intervalos de confianza estadística a los hechos, para proceder luego a censurar un modesto proyecto editorial.

1 Charles V. Langlois y Charles Seignobos. 2003. *Introducción a los Estudios Históricos*. Universidad de Alicante. Kadmos. Salamanca. Págs. 9-22. Dichos historiadores establecen que la historia es “científica” en cuanto a que ordena el relato y busca establecer con él un conocimiento dispuesto en la confianza del documento. Su identificación es la base de la indagación, y el archivo, y se manifiesta como la base de una nueva ciencia interpretativa que denomina como “heurística”.

Insatisfechos con el encuentro de tendencias y el destino de los eventos, ejercicio que el propio Popper denomina como “entendimiento intuitivo”, se impide proporcionar a la comunidad epistémica:

- Conocimientos sobre los eventos sociales en términos de fuerzas que confluyen.
- Comprender por qué se ejecutan acciones comunes sobre las decisiones de los Estados o por qué los grupos o los individuos adoptan ciertas posiciones.
- Analizar las rutas y tendencias históricas en que se surten los hechos.

Frente a la dificultad de llegar a establecer regularidades o leyes históricas como ocurre en los modelos de las ciencias naturales, Gregorio Klimovsky en “*Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología* (A-Z Editora. Buenos Aires, p. 306), revela detalles inquietantes sobre formas alternativas de hacer ciencia, e invita a buscar singularidades para afianzar la red de teorías.

Así que tal vez con la ayuda de esta forma “inventarial” de coleccionar las teorías, se tenga la intención de encontrar en el recuento histórico el germen de teorías que harán parte de una estructura singular compleja, que es la base de la construcción de lo que ahora se llama *dominios científicos*. Si se trata de integrar el conocimiento como dice Klimovski para progresar y de manera inductiva generar nuevo conocimiento con lo cual podamos abrir líneas de trabajo, el método de las ciencias sociales es el adecuado (pág. 28).

Por ello, rechazar el acto en el cual un juez califica las investigaciones proporcionadas por este enfoque por carecer de rigor analítico, e impedir que los investigadores obtengan puntajes para beneficiarse de “la métrica del *Eigenfactor TMScore del Journal Citation Reports*, o de los factores que dan calificación dentro del índice de *ISI Web of Knowledge* (Thomson Reuters), o la métrica *Scimago del Journal Rank* (SJR), luego de surtirse de unos números incluídos en el índice de *Scopus* (Elsevier), o la conjunción de los índices bibliográficos de citas (*ISI y Scopus*) para reconocer nuestro “journal” como “científico y habilitado para hacer ciencia, tecnología e innovación” es pedirle demasiado a las ciencias sociales y hacer caer en el ridículo a las ciencias exactas (2014, pág. 39).² Este tipo de actitud, desató una discusión en la que algunos medios de comunicación invitan a la reflexión, aspectos que reproducimos en esta columna de opinión analítica.

2 La sección 2.1.3.1. dispone que se reconocerán solo artículos de investigación publicada en una revista de contenido científico, tecnológico o académico, producto de procesos de investigación, o aquellos artículos publicados en revistas científicas indexadas en alguno de los índices bibliográficos de citas ISI – Web Of Knowledge (Science Citation Index o SCOPUS); o artículos de investigación D, publicados en revistas científicas indexadas en índices bibliográficos como son Index Medicus, o PsycINFO.

Comunicado N° 004 de 2015

A la comunidad universitaria y ciudadanía en general

Firmado por:

Catalina Ramírez Gómez

Secretaría General

Universidad Nacional de Colombia

Consejo Académico

El Consejo Académico de la Universidad Nacional de Colombia, conociendo y evaluando tanto las políticas de convocatorias de Colciencias en materia de Doctorados Nacionales (727) como de Jóvenes Investigadores 2015 (706) y la convocatoria para medición de Grupos de Investigación (737) en el contexto de las estrategias que ha adoptado Colciencias para la asignación de los recursos de ciencia, tecnología e innovación, nos pronunciamos:

Estas políticas y estrategias ratifican una concepción del conocimiento, la investigación y su gestión centrada en una visión productivista que reafirma un empobrecimiento de las perspectivas de los saberes que la comunidad educativa de Colombia ha aportado y puede aportar. El modelo de medición de Colciencias falla en presentar formulaciones que atiendan a las realidades del desarrollo de conocimiento, la investigación y las ofertas que las universidades vienen propiciando.

Una revisión crítica a los evaluadores contratados por Colciencias y a los conceptos emitidos por estos muestra la precariedad en su elaboración y permite señalar que son meras opiniones y no verdaderos juicios críticos de valoración. Incluso evidencia la carencia de conocimientos suficientes en las diferentes temáticas evaluadas.

Los criterios de convocatoria son ajenos a los desarrollos de la autonomía académica e investigativa de las universidades y en particular de la Universidad Nacional de Colombia, y aparecen como una imposición que vulnera y desconoce los criterios y aportes que sobre la evaluación del conocimiento de las experiencias han realizado y realizan la Universidad Nacional y el sistema nacional universitario. Así las cosas, el resultado de las convocatorias es producto de una política errática que insiste en la evaluación cuantitativa para todas las áreas del conocimiento, sin considerar sus particularidades cualitativas. A esto se le agrega la subordinación de las publicaciones en revistas nacionales a las indexaciones internacionales y la precarización de la valoración del libro.

Llamamos a la concertación para transformar estas políticas mediante un diálogo cuyos resultados sean vinculantes.

El Consejo Académico no acepta las dicotomías entre ciencias duras, ciencias humanas, ciencias de la salud y las artes, por cuanto son campos del saber por supuesto diferentes, con visiones sobre las realidades que imprimen sus singularidades en la construcción de sus métodos y sus teorías, pero que son complementarias y se integran en su complejidad de pensamientos plurales de saberes para la vida y la sociedad.

Todo esto ocurre en un proceso de desfinanciación de la universidad pública colombiana y en particular de la investigación y de manera especial de la misma Colciencias. El Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación vigente afecta todos los campos de los saberes en su perspectiva universal universitaria al reducir unilateralmente, a manera de pensamiento único, la ciencia como aplicación del conocimiento a los criterios productivistas.

El conocimiento que la universidad reclama requiere de políticas de igualdad, en plural, de las ciencias, saberes y tecnologías. Aunque de manera particular, Colciencias desconoce, minimiza y marginaliza el importante aporte de las ciencias humanas y sociales, su desconocimiento se extiende a las artes y la arquitectura, al derecho y a la ciencia política, y a las ciencias económicas: es todo el sistema de las ciencias y saberes de la universidad, de la educación y de la sociedad el que resulta dramáticamente afectado. Esta política contrasta con las exigencias de un proceso de diálogo, concertación y paz para superar el conflicto armado, proceso que la Universidad Nacional apoya de manera comprometida desde sus comienzos.

Ante esta situación, el Consejo Académico manifiesta su rechazo a las decisiones de Colciencias de mantener los criterios de medición para las convocatorias para doctorados, jóvenes investigadores y grupos de investigación; señala la carencia de un diálogo sincero que busque el acuerdo y la concertación, en contraste con la imposición ejercida por parte de la dirección de Colciencias. Por ello proponemos:

La elaboración de una nueva Ley de Ciencia, Saberes y Tecnologías, en la que se reordenen las funciones y el papel de Colciencias frente al fomento de la investigación y en torno a estas actividades. Esta nueva ley reconocerá la autonomía de la Universidad y tanto su construcción como su ejecución se concertarán entre Colciencias y las Universidades y de manera particular, fortalecerá como instancia colectiva a los investigadores y favorecerá la investigación pertinente al país y a la región.

Dado en Bogotá D. C., a dieciséis (16) de octubre de dos mil quince (2015).

(original firmado por)

Catalina Ramírez Gómez
Secretaría General

Mercado en la academia

Eduardo Posada Carbo

<http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/mercado-en-la-academia-eduardo-posada-carbo-columna-el-tiempo/16410708>

6:36 p. m. | 22 de octubre de 2015

La obsesión con las publicaciones en “revistas indexadas” ha creado una estructura de incentivos perversos. Es un estímulo a la mediocridad, en contra de la imaginación. Encuentra que “La investigación en ciencias sociales (...) se ha prostituido”, a decir por el profesor de la Universidad de La Sabana Giovanni Hernández (*El Tiempo*, 17/10/15), y Juan Luis Ossa, historiador chileno, quien se ha referido a “uno de los efectos más perversos de la academia actual” (*El Mercurio*, 12/11/14).

La preocupación es universal, y voces como las de Hernández y Ossa han intentado sacarla del claustro universitario para motivar un debate público tan necesario. Ambos señalan problemas derivados de la tendencia universitaria de evaluar las investigaciones de sus profesores por el número de publicaciones en “revistas indexadas”. Revistas de gran prestigio internacional, reconocidas así por diversos órganos convertidos en jueces de calidad. A ellas se suman otros medidores: por ejemplo, cuántas veces un trabajo es citado por otros colegas. En Gran Bretaña introdujeron una categoría más, “impacto”. No basta publicar. Es necesario medir cuál ha sido el efecto de las investigaciones en la sociedad.

El problema, en el fondo, es de recursos. ¿Con qué criterio distribuirlos al promover investigaciones, en particular cuando se trata de dineros públicos? ¿Cómo, entonces, evitar la necesidad de medir, medir, medir? Aunque es posible entender la racionalidad de una política que parece extenderse sin frenos, no es claro que sea una política sabia.

Considérese la medición del “impacto”. Medir el efecto de investigaciones en ciencias naturales es quizás una tarea que pueda hacerse con precisión. Trasladar el criterio a las ciencias sociales y humanidades no tiene sentido. ¿Cómo medir con certidumbre el “impacto” social de un libro sobre la independencia? ¿O de un trabajo sobre lenguas muertas? Las dificultades se agravan cuando se introducen dimensiones temporales. Los ejercicios de evaluación en Inglaterra, por ejemplo, han sucedido en ciclos de cinco años. Pero con frecuencia el “impacto” de las investigaciones en ciencias sociales y humanidades solo se aprecia con los años. La obra de Norbert Elias se volvió famosa décadas después de publicada. La obsesión con las “revistas indexadas” acarrea problemas adicionales. Para comenzar, es un criterio que traslada la capacidad de juzgar la calidad de las investigaciones a entidades relativamente ajenas, no necesariamente neutrales. Se imponen líneas editoriales que a veces favorecen temas o metodologías de moda. Algunos evaluadores ocultan sus discre-

pancias políticas con argumentos dizque académicos. Algunas universidades han llegado al absurdo de premiar artículos en revistas, por encima de libros monográficos.

Muy afectados han sido los libros editados con varios autores sobre temas específicos. Se aduce contra ellos que no tienen mercado, o que no están sujetos al proceso de arbitraje de las revistas, sin molestarse en examinar sus respectivas calidades intrínsecas. Los más afectados son los libros dirigidos al público general, incluidos los estudiantes. Como si los académicos solo debieran escribir para académicos. Se ha creado una estructura de “incentivos perversos”. Se desestimula el trabajo en equipo, la tradicional colaboración que exigen los libros editados con varios autores. Se desestimulan las obras de divulgación. Como observa Ossa, se desestimulan las publicaciones jóvenes, pues la aspiración de todos es publicar solo en un puñado de revistas ya establecidas. Es un estímulo a la mediocridad, en contra de la imaginación. La prensa haría bien en abrir mayores espacios a las preocupaciones ventiladas por Hernández y Ossa. Pues abordan un tema que, por su significado, debe salir de los claustros universitarios.

Eduardo Posada Carbó

Sobre la bibliometría

José Guillermo Ángel

<http://www.elcolombiano.com/opinion/columnistas/sobre-la-bibliometria-HH2779955>

26 / 09 / 2015

Estación Soy Inteligente en la Red, habitada por cientos de hombres y mujeres que compiten por ser admitidos y citados en otros trabajos, que no temen regalar su conocimiento para que otro lo clasifique y luego lo venda en forma de bases de datos que contienen el conocimiento permitido por y para el sistema, que se rige por normas de mercado (lo que se sabe debe tener una aplicación comercial) y determina qué sirve y qué no sirve en el mundo del saber, dándole prioridad a la técnica y a la tecnociencia fundamentada en lo que otros han producido para que lo que se expone en esos trabajos no se salga del redil e ingrese en tersiles y cuatriles, que serían los componentes que determinan lo que sería el alto impacto en el mercado y algo así como el reconocimiento en el mundo de la “ciencia” que produce, ya que allí se cita y se es citado, se es cómplice de propuestas políticamente correctas y se trabaja gratis desde las universidades a cambio de tener un lugar en el ranquin, supuesto estimulador de demanda.

Alvin Toffler, a mediados de los 80, habló de la sociedad del conocimiento, teorizando que el desarrollo de un país se mediría con relación al capital intelectual (saberes producidos) aplicable, priorizando las investigaciones que cuantificaran resultados y permitieran la creación de más productos o su mejora en uso de materias primas y rentabilidad, lo que puso por encima el uso técnico del saber y no la razón del saber. Y en este hacemos más (que no quiere decir sabemos más), comenzamos a competir haciendo lo mismo con un plus, alguna mejora, sin tener en cuenta lo que esa innovación representaba para el planeta, las sociedades humanas y el conocimiento real del mundo, que no solo es el técnico sino también el filosófico, el imaginario, el político, el sensible, el educativo y el científico que no da réditos.

Y en este juego que impuso un conocimiento que da vueltas como un hámster y no se hace preguntas, pues excluye a los demás saberes, los números y el hacer sin parar para lucro de las industrias y las acciones en bolsa, se admitió como inteligencia (para legar luego a los robots) mientras la Tierra se destruye (importa hacer, no cuidar) y sin más interés, por parte del que produce la teoría, que los honores del ser reconocido y usado por otros, en una comunidad que ya tiene más propuestas que usuarios y donde, siendo el conocimiento permitido un producto, también lo es quien lo produce, que acaba teniendo una vida útil dado que son tantos los datos y los proponentes que el uno obsoletiza al otro. Y así, en este mar enardecido que regalamos con tal de ser mencionados, somos *carpe diem* (flor de un día). Acotación: es claro que lo sólido (lo que sería el conocimiento para el

bienestar) se ha vuelto viscoso (demasiada complejidad sobre lo simple), líquido (fluye por pedido), plasmático (flota ya sin saberse qué es) y gaseoso, termina desapareciendo. Pero seguimos la zanahoria del soy si me mencionan y no del soy porque yo mismo mejor. Y perseguimos un lugar en la vitrina.

Sobre las humanidades

José Guillermo Ángel

<http://www.elcolombiano.com/opinion/columnistas/sobre-las-humanidades-KH2889581>

Publicado el 17 de octubre de 2015

Estación Quién Soy Yo, en la que abundan los que no tienen claro quiénes son porque su interés es ser otros, los que desconocen donde están porque quieren irse o estar en un lugar ajeno, los que no se hacen preguntas sino que prefieren asimilar respuestas a cosas sobre las que no han preguntado ni los inquieta, los que hacen ejercicio sin moverse del sitio y mirándose a un espejo, y bueno, la fila sigue y es larga, porque en ese sitio (que es el que propone el sistema y Colciencias), todos hacen como robots programados pero evaden ser (prefieren desear) y la meta única son resultados (ya programados para que se den) en términos económicos y medibles solo en rentabilidad y no de humanidad. Y claro, frente a la pregunta de quién soy la respuesta es: soy un número insertado en una base de datos que responde a un programa y mi tarea es superar lo que hace otro mientras el tiempo pasa y, como consecuencia de resistencia de materiales, al fin soy reemplazado por una pieza nueva.

Y parece que el asunto es claro: ya que no hemos sido capaces de hacer robots que hagan la totalidad de lo que hace un hombre o una mujer, preparamos a hombres y mujeres para que sean robots. Y en esta tarea, todos dados a la tecnociencia, la tierra se sacude y lo humano, esa realidad radical de la que habla Ortega, que es la que nos permite ser, desaparece y es reemplazada por el aparentar, el soñar rodeado de máquinas y al fin entregar la vida (lo que haya sido ese estar en el planeta) conectado a toda clase de tubos y sensores. Y no pasa nada: a pieza reventada, pieza reemplazada. Y la inteligencia, que consiste en hacerse preguntas y resolver problemas complejos acerca del saber vivir, trabaja con mínimos, libre de toda humanidad (ser y estar) y destruye, pues la meta es ganar no importa cómo. Perdiendo.

¿Y qué pasa con este furor de la tecnociencia? Svetlana Alexievich, la nueva premio nobel, en *Voces de Chernóbil*, lo plantea claro: acabar con lo que hay a punta de radiaciones y en completo estado de inocencia, pues cuando la tecnociencia falla (la última mejora siempre es un descalabro), los que produjeron el daño solo se preguntan qué pasó en el sistema y no en el hombre (en lo que han hecho de él), como si el error fuera físico o químico y no propiciado por alguien que, enloquecido con la productividad y rentabilidad, sin importarle más que el sistema numérico, no pensó en la vida de otros sino en un ascenso, la posibilidad de una medalla y un poco más de dinero en el banco. Y bueno, las

consecuencias se ven: sin humanidad aprendida, la tierra se pierde, el humano desaparece y somos átomos explotando.

Las tribulaciones de la enseñanza de las ciencias sociales

Jairo Hernando Gómez Esteban

Doctor en Educación

Magíster en Sociología de la Educación

<http://compartirpalabramaestra.org/columnas/las-tribulaciones-de-la-ensenanza-de-las-ciencias-sociales>

Publicado: Sáb. 14/11/2015 - 11:00 p. m.

Los llamados a eliminar o reducir las ciencias sociales y las humanidades de todos los niveles educativos en diferentes países, aunadas a una política estatal que las menosprecia, han puesto a esta área del saber en su mayor encrucijada.

Las ciencias sociales se encuentran en una de las mayores encrucijadas y desafíos de su corta historia, tanto a nivel mundial como nacional: por un lado, la configuración de una tendencia mundial a descalificarlas y expulsarlas de los procesos formativos en todos los niveles, como lo demuestra la exigencia del ministro de Educación japonés de cerrar las carreras de humanidades en 60 universidades, y la eliminación de la filosofía y la reducción curricular de las ciencias sociales en educación básica en países como España, Chile y México; y por otro lado, el menosprecio de la política estatal colombiana por los grupos de investigación social expresada a través de Colciencias tanto en su baja participación en los niveles de Senior y Asociado (los más altos), como en el hecho de que ninguno de los aspirantes a becas de doctorado en este campo de la ciencia haya pasado, así lo demuestra.

Las razones que se aducen para esta eliminación o reducción son las de siempre: no son rentables, ni contribuyen al crecimiento económico, ni a los planes de desarrollo y, sobre todo, porque la educación debe centrarse en las competencias tecnológicas y científicas que, según los tecnócratas, son las únicas que garantizan el cumplimiento de los objetivos económicos de una nación. Es como si siguiéramos creyendo que solo hay dos culturas, la científica y la humanista-social, en la que esta última ya no solo resulta superflua sino estorbosa.

Ahora bien, si nos atenemos a los resultados de la mayoría de investigadores en enseñanza de las ciencias sociales, los objetivos de esta acción pedagógica se podrían sintetizar en tres:

- a) El estudio de conocimientos disciplinares (historia, geografía, filosofía, economía, etc.).

- b) La formación de sujetos sociales y políticos, que implica la constitución de la subjetividad política y el aprendizaje ciudadano para expresar y ejercer la capacidad de ser actores sociales y políticos.
- c) La comprensión de saberes, imaginarios, prácticas sociales, cosmovisiones y concepciones que hacen parte de un contexto cultural particular, que a su vez involucra las actividades y formas de actuar propias de una comunidad o etnia específica.

Además, la evidencia de que el famoso crecimiento económico tiene una escasa correlación con la democracia, la salud o la educación es absolutamente contundente (Amar-tya Sen, Stiglitz y otros economistas sociales), y por tanto, su justificación no solo es falaz y acomodaticia, sino que niega, de un manotazo arrogante y torpe, las posibilidades de una vida digna y el florecimiento espiritual y cultural de las naciones, reduciéndolo a proyectos puramente rentables y económicos, como si esa fuera la única razón de ser de los humanos.

Las razones que se aducen para esta eliminación o reducción son las de siempre: no son rentables, ni contribuyen al crecimiento económico, ni a los planes de desarrollo y, sobre todo, porque la educación debe centrarse en las competencias tecnológicas y científicas que, según los tecnócratas, son las únicas que garantizan el cumplimiento de los objetivos económicos de una nación.

No se trata, entonces, de reclamar que la historia o la geografía vuelvan a las aulas como si ellas nos fueran a salvar de la catástrofe; al fin y al cabo ellas siguen allí. Desde una perspectiva interdisciplinaria, el trabajo pedagógico tiene que transformarse en proyectos y experiencias que se articulen y se complementen con las otras ciencias sociales para no repetir la historia llena de próceres y fechas ni la geografía física de datos inertes y mapas calcados, ese es un problema de los puristas o científicos que creen que solo la enseñanza de las disciplinas científicas, con todo su rigor y su verdad, nos pondrán a la altura de las ciencias naturales y la tecnología.

De lo que se trata es de retomar los tres grandes desafíos que, siguiendo a Wallerstein, tienen las ciencias sociales en el siglo XXI, y transformarlos en retos pedagógicos. En primer lugar, esforzarse por un reencantamiento del mundo como una tarea práctica, demostrar el valor de sus hallazgos, su potencia heurística, su capacidad de transformación real para beneficio de la sociedad.

En segundo lugar, manejar pedagógicamente las dimensiones de espacio y tiempo –inherentes a cualquier hecho social– debe tener como propósito principal el de hacer comprender el sentido con el que la humanidad actúa, visibilizar los móviles que impulsan a las personas a actuar de una u otra manera en un momento y un lugar determinados, los fines que persiguen, el significado coyuntural y contextual que tiene para cada uno de nosotros. Es importante el “mostrar diciendo” y “mostrar haciendo” y tener en cuenta que toda acción humana no puede sustraerse a la determinación temporo-espacial en que se

realiza y, en consecuencia, el significado y el sentido con el que dotamos nuestras acciones y pensamientos siempre estarán envueltos por esas dimensiones que nunca, en ningún momento, deben asumirse como variables o factores invariantes y externas, sino por el contrario, como dimensiones constituyentes de las sociedades humanas.

¿Qué “utilidad” tienen estos objetivos para el desarrollo de un país? Mayor democracia, mejor calidad de vida, respeto por el otro, empatía, imaginación, pensamiento crítico, participación política, convivencia, derechos y deberes, incremento del sentido de la vida.

En tercer lugar, el problema de que la neutralidad debe asumirse de cara a la interdisciplinariedad y la diversidad de perspectivas ético-políticas y retoma un viejo problema de las Ciencias Sociales planteado por Weber sobre la neutralidad valorativa de la ciencia. En este sentido, la tarea pedagógica debe ser distinguida del juicio de valor o la valoración, los cuales la impregnarían de proposiciones metafísicas o descripciones acomodaticias que, generalmente, obedecen a la adscripción a una ideología o a una posición ético-política previa.

La enseñanza e investigación en humanidades: más allá de una propuesta modesta

María Mercedes Andrade*

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

maandrad@uniandes.edu.co

doi: 10.15446/lthc.v17n2.51283

Tomado de *Literatura: teoría, historia, crítica*: 17/2/15. pp. 149-164

María Mercedes Andrade sugiere que el análisis que hizo Charles Percy Snow en los años cincuenta siga siendo en alguna medida pertinente hoy y que la situación que él describe quizás se haya agudizado sobre la definición de letras y ciencia y su forma de investigar. Para él, la separación entre el discurso humanístico y el científico ha llevado a lo que él llama las “dos culturas”, dos modelos de saber que no dialogan entre sí, separados por “una brecha de mutua incompreensión, a veces [de] hostilidad y disgusto, pero sobre todo de falta de comprensión” (4). Semejante caracterización resulta un poco caricaturesca, pero cabe preguntarse si no hay algo de cierto en lo que respecta a la situación actual, y conviene examinar qué efectos tiene a la hora de pensar tanto la docencia como la investigación en humanidades.

Las discusiones sobre la relación entre las humanidades y las ciencias, tanto exactas como sociales, derivan en una pregunta concreta para las universidades, a saber, dónde ubicar cada una de estas disciplinas dentro de las instituciones y si es posible (y deseable) establecer los límites entre unas y otras. Naturalmente no existe un consenso en esta discusión y, si bien es difícil imaginar que alguien cuestione la pertenencia de los estudios literarios, la filosofía, los estudios de medios, la musicología y la historia del arte dentro del campo de las humanidades, disciplinas como la lingüística, los estudios culturales o la historia se reconocen a sí mismos a veces como humanidades, a veces como ciencias sociales. Otras disciplinas, tradicionalmente ubicadas dentro de las ciencias sociales, plantean nuevos retos, pues, para citar solo un caso, se podría pensar que una disciplina como la etnografía, especialmente desde el estructuralismo y posestructuralismo, tiene una gran afinidad con la investigación humanística en lo que se refiere a sus modelos autorreflexivos de escritura.

* Las notas que siguen fueron tomadas directamente de la obra “Literatura: teoría, historia, crítica” 17-2 (2015) · pp. 149-164. ISSN 0123-5931 (impreso) · 2256-5450 (en línea), y editorializadas para este recorte de opiniones sobre la problemática de la indexación y definición de trabajos científicos.

Una mirada a la manera como se han clasificado las disciplinas en universidades actuales sirve para mostrar la complejidad de esta situación. En Colombia, la Universidad Nacional reúne en la Facultad de Ciencias Humanas los departamentos de Antropología, Filosofía, Geografía, Historia, Lenguas Extranjeras, Lingüística, Psicología, Sociología, Literatura y Trabajo Social, de manera que se hace posible no insistir en una distinción entre humanidades y ciencias sociales. La Universidad Javeriana, por su parte, incluye en la Facultad de Ciencias Sociales los departamentos de Antropología, (basta recordar, por ejemplo, la mutua animadversión que suscitó entre los humanistas y los científicos el llamado “*affair Sokal*” en los Estados Unidos en los años 90), Historia, Estudios Literarios y Sociología, mientras que Filosofía tiene su propia facultad. En la Universidad de los Andes, la Facultad de Artes y Humanidades reúne dos departamentos de creación, a saber, Arte y Música (en los cuales, sin embargo, también se hace trabajo en historia del arte y musicología), con Literatura, mientras que Filosofía, Estudios Culturales e Historia se encuentran en la Facultad de Ciencias Sociales. Por su parte, la Universidad Jorge Tadeo Lozano incluye al departamento de Humanidades dentro de la Facultad de Ciencias Sociales. La Universidad del Valle incluye en su Facultad de Humanidades a disciplinas tales como Ciencias del Lenguaje, Trabajo Social, Estudios Literarios, Filosofía, Geografía e Historia. La Universidad de Antioquia, de manera similar a la Universidad Nacional, reúne las ciencias sociales y humanidades en una Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. En las universidades norteamericanas existen o bien facultades de Artes y Ciencias, que reúnen ciencias exactas, ciencias sociales y humanidades, o bien facultades de Artes y Humanidades. Para citar algunos casos concretos, en la Universidad de Stanford la Facultad de Artes y Humanidades incluye Arte, Historia del Arte, Clásicos, Teatro y Artes Dramáticas, Lenguas, Historia, Lingüística, Música, Filosofía, Religión y Literatura(s).

De manera similar, en la Universidad de Harvard la Facultad de Artes y Humanidades incluye todos los departamentos de lenguas y literaturas nacionales, Historia del Arte, Lingüística, Música, Clásicos, Filosofía y Estudios Visuales. En las universidades alemanas las Ciencias del Espíritu incluyen las lenguas nacionales, Literatura y Filosofía, y disciplinas como Historia e Historia del Arte; los estudios clásicos y la religión se encuentran algunas veces en facultades de Ciencias Humanas, y las artes se encuentran en escuelas separadas. Todo lo anterior, sin ánimo de ser exhaustivo, sirve para mostrar la diversidad de maneras en las que se pueden comprender las relaciones entre las distintas disciplinas académicas. Es evidente que no existe una clasificación objetiva y neutral, que las fronteras entre disciplinas se hacen porosas en ocasiones y que la forma como se trazan las divisiones tiene que ver tanto con el enfoque específico de algunas disciplinas en una institución dada, como con las historias y tradiciones institucionales.

Sin embargo, a pesar de que el grupo de las disciplinas que se identifican como “humanidades” sea fluctuante, y más allá de discusiones disciplinares de corte más bien filosófico, la pregunta del lugar de las humanidades en la universidad persiste como un

problema concreto. De hecho, es incluso comprensible que por razones estratégicas, para intentar eludir la marginalización, algunas disciplinas prefieran no hacerse llamar “humanidades”. Dada la situación de las disciplinas humanísticas en la actualidad, y en particular en nuestro país, los humanistas no podemos mantener una actitud de desinterés con respecto a los debates sobre la pertinencia de nuestra actividad docente y nuestros productos de investigación, pues lo que está en juego es el lugar de las humanidades en el modelo de universidad actual. Por esta razón, nos compete directamente el ser capaces de justificar nuestra función social (entendida en un sentido amplio y no meramente utilitarista), así como nuestras prácticas y procedimientos, y las tradiciones de nuestras disciplinas y de nuestras comunidades discursivas. Debemos poder explicar qué enseñamos y por qué, y cómo funciona la transmisión del saber en nuestros campos de estudio.

En la práctica pedagógica, la pregunta acerca de qué se enseña en humanidades y para qué ha tenido diversas respuestas en años recientes. Desde mediados del siglo XX, se comenzó a difundir el uso de taxonomías como las de Benjamin Bloom, las cuales proponen que la enseñanza debe estar orientada a la obtención de ciertos objetivos cognitivos concretos y demostrables. Según la taxonomía de Bloom, el fin de la enseñanza es permitir que los estudiantes adquieran ciertas habilidades tales como el conocimiento, la comprensión, la aplicación, el análisis, la síntesis y la evaluación (citado en Huitt s. p.).

Si bien estos modelos se usan de manera relativamente reciente en Colombia, hoy deben ser tenidos en cuenta para todo proceso de acreditación institucional. Es indudable que estos esquemas han llevado a que los profesores en el campo de las humanidades formulemos la descripción de nuestras prácticas docentes de manera que demos cuenta de cómo la forma y el contenido de lo que enseñamos están orientados a la obtención de este tipo de metas; así, hemos argumentado, por ejemplo, que las humanidades fortalecen el “pensamiento crítico” y que fomentan la capacidad de argumentación. Por otro lado, desde la popularización de los Centros de Escritura en las universidades estadounidenses en los años setenta, se ha difundido la idea de que otra justificación posible para la existencia de las humanidades en la universidad es presentarlas como disciplinas que enseñan a escribir, de manera que este se ha convertido, también con frecuencia, en uno de los objetivos explícitos de nuestros programas de curso.

Más adelante la autora Andrade, estima que el tipo de evaluación de la docencia que se promueve en la actualidad presupone, con frecuencia, la objetividad y neutralidad de dicho proceso. El llamado a una evaluación objetiva, estandarizada, de la enseñanza de las humanidades (o de cualquier otro campo) se basa en el mito del sistema de información perfecto, la idea de que hay algo allí afuera que les permite a unos calculadores racionales, por interés propio, comprar exactamente lo que quieren, a un precio que les indica de manera exacta qué valor tiene para ellos (Brody s. p.).

Dado que las humanidades proporcionan herramientas para reflexionar sobre la objetividad de este tipo de modelos, así como sobre sus implicaciones ideológicas, es nuestra

tarea discutirlos y criticarlos. Más allá de la crítica, la situación actual nos plantea el reto de diseñar otro tipo de modelos de evaluación que, si bien deben responder a las preguntas sobre la relevancia de nuestras disciplinas, no circunscriban nuestra tarea docente a un conjunto limitado de habilidades prácticas. En mi opinión, sería para nosotros un error ignorar modelos de evaluación que, con un deseo de objetividad y científicidad, pueden propagar supuestos sobre la finalidad de la educación universitaria y dejar por fuera, justamente, el tipo de reflexión que nosotros queremos promover en el salón de clases, así como la discusión acerca de qué han sido las universidades en el pasado y qué queremos que sean.

En otro aparte del documento cita que “en nuestro país, la separación entre ‘dos culturas’ académicas no se manifiesta tan solo en nuestra participación desigual en las decisiones sobre qué se evalúa en nuestra práctica docente, sino que se presenta de forma más dramática si se consideran los modelos de medición de nuestra producción de conocimiento”. El problema que resulta inmediatamente evidente, desde este punto de vista, es la manera como en Colombia ciertos modelos de medición del conocimiento científico han terminado por imponerse para todas las áreas del saber, con modificaciones mínimas.

Cabría ya preguntarse sobre la supuesta objetividad de estos modelos para cualquier campo, incluso para el área de las ciencias. El “Documento de medición de La enseñanza e investigación en humanidades... grupos e investigadores”, de la convocatoria de Colciencias de 2014 para la medición de investigadores y de grupos de investigación, se apoya en una serie de supuestos que deben ser examinados en este sentido, ya que se trata del modelo de medición al cual están sujetos todos los investigadores del país... “y en general genera mas confusión que claridad conforme el sentido que se le de a la lectura del texto”.

Dentro de este modelo, Colciencias se propone medir tanto la calidad como el impacto de los productos académicos y según esto asignarles un puntaje determinado. Es importante aclarar que los criterios para determinar la “calidad” de un artículo o libro dentro del modelo, se definen según la aparición de las revistas en determinadas bases de datos, pero los criterios que estas bases de datos utilizan no llevan realmente a una evaluación de la calidad de su contenido, sino que miden más bien de qué manera el producto académico se ajusta a unos criterios formales: para la inclusión en estas bases de datos se considera si una revista cumple con ciertos criterios de periodicidad, si su comité editorial tiene determinadas características, si la evaluación por parte de pares se lleva a cabo dentro de un plazo determinado, etc. Según estos criterios que determinan la inclusión en las bases de datos aceptadas, Colciencias les asigna a los artículos un determinado puntaje de “calidad”.

Sin embargo, esto significa en última instancia que el puntaje se asigna teniendo en cuenta el lugar donde se publica el texto, con lo cual, se confunde la calidad con factores externos, como el lugar de publicación. Quizás sea imposible llevar a cabo una verdadera medición de la calidad de la producción académica y sea necesario hacer concesiones

pragmáticas de este tipo, pero la confusión entre la calidad y las circunstancias de publicación de un texto ciertamente requiere más reflexión.

Resulta absurdo que un artículo de investigación no sea considerado como tal dentro del modelo actual de Colciencias, incluso cuando la comunidad sí lo reconoce y cuando se publica en una revista académica que cumple con los criterios que la acreditan (exogamia y evaluación de pares). Así, si un artículo no aparece en los índices que Colciencias utiliza para nuestro campo, es decir, *Publindex* (la base de datos de revistas colombianas), el *Arts and Humanities Citation Index-A&HCI* (que hace parte del *Web of Science*) y *Scopus*, o si no aparece en dos de las bases bibliográficas que Colciencias acepta, ni siquiera se clasifica como un artículo de investigación sino como “apropiación social del conocimiento” y recibe un puntaje inferior. Más aún, si bien la publicación en el *Science Citation Index* y el *Social Science Citation Index* (los otros dos componentes del *Web of Science*) le garantizan a un artículo una categoría de “A”, no ocurre así con la publicación en el *Arts and Humanities Citation Index*, puesto que, por no tratarse de un índice de citas como los otros dos, tan solo garantizaría un puntaje de “C”.

El problema radica en no reconocer la limitación de estos índices y en aceptarlos como único criterio para decidir qué publicaciones son académicas y cuáles no. En el caso de los dos últimos, se trata de bases de datos comerciales, producidos respectivamente por Thomson Reuters y Elsevier, que las universidades deben comprar y que Colciencias utiliza para asignar un puntaje a la producción académica dependiendo del lugar donde haya sido publicada. Convendría preguntarse si se quiere delegar la valoración de los productos de investigación a compañías privadas que diseñan sus criterios de medición sin que exista ninguna obligación de consultar a los académicos de diferentes disciplinas, y si no sería más conveniente diseñar un sistema abierto, no sujeto a intereses comerciales, utilizar la información proveniente de una combinación de bases de datos gratuitas como podrían serlo *Google Scholar* y *Publish or Perish*. No sobra señalar que aunque el *Arts and Humanities Citation Index* y *Scopus* publican la información acerca de sus criterios de selección, no discuten casos concretos.

De otra parte, se ha señalado que este tipo de mediciones o puntuaciones de revistas, si bien son frecuentes en las ciencias o en disciplinas como la administración de empresas, no han sido utilizadas tradicionalmente en las humanidades porque no corresponden a la práctica real de la investigación en nuestras disciplinas (Di Leo s. p.). Existen numerosas revistas académicas en las áreas de humanidades, y la decisión de publicar en una revista de gran difusión o en otra más pequeña no tiene necesariamente implicaciones negativas. De hecho, tal y como señala Di Leo, el grado de subespecialización en distintas áreas de las humanidades hace que sea difícil escoger una única lista de revistas que se consideren excelentes. Adicionalmente, esta subespecialización hace que la revista más importante para un investigador pueda no ser considerada como tal por uno de sus pares. Dependiendo del área de especialización de un profesor puede ser pertinente, incluso necesario, publicar en una revista pequeña, altamente especializada. Di Leo proporciona el siguiente

ejemplo, que ayuda a ilustrar la situación: un filósofo especialista en la obra de Charles Peirce probablemente aspirará a *Google Scholar*, podría resultar problemático en este sentido también, pues el conteo de citas que hace no siempre es completo y no hay manera de pedir una rectificación a publicar en la revista *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, una publicación que, si bien es relativamente pequeña, es la más importante en su campo.

Sin embargo, un compañero que se especialice en la obra de Gilles Deleuze no le asignará la misma importancia a esta revista y puede incluso no conocerla. A esta situación hay que sumarle el que las bases de datos de Elsevier y Thomson Reuters hayan sido diseñadas inicialmente pensando en un público académico anglosajón, y que se ha señalado la manera como estos índices discriminan las publicaciones en otros idiomas y privilegian las revistas estadounidenses e inglesas (Larivière 1998, Santa y Herrero-Solana 15).

Concluye con lo argumentado por José Santos Herceg, sobre los modelos de medición actuales en América Latina que han privilegiado un tipo de texto escrito, el artículo académico o *paper*, a expensas de los modelos de escritura que son propios de nuestras tradiciones académicas.

Para el caso de las humanidades es indudable que el libro sigue siendo el producto de investigación que se considera más prestigioso y de mayor valor, lo cual hace patente la falta de correspondencia entre los métodos de medición importados de las ciencias exactas con nuestras tradiciones discursivas. En lo que respecta a la medición de citas, uno de los problemas principales que plantea para los humanistas el modelo actual de Colciencias es el que se tengan en cuenta únicamente las citas que aparecen en el *Journal Citation Reports* (el cual no reporta citas en humanidades) y en *Scopus*, plataformas que únicamente miden las citas dentro de sus propias revistas. Quedan excluidas otro tipo de citas, como las que se hacen en libros y tesis, y que son posibles de encontrar si se usan, de manera combinada, bases de datos como *Google Scholar*, *Google Books* y “dentro de un contexto de análisis restringido a los artículos en revistas, el SSCI y AHCI no incluyen gran parte de la bibliografía publicada fuera de los Estados Unidos y el Reino Unido, esté o no escrita en inglés. De hecho, muchos autores consideran que estas bases de datos discriminan a favor de estos dos países” (Larivière 1998). *Publish or Perish*. Adicionalmente, no tenemos suficientes datos sobre cómo funcionan las citas en humanidades, cuál es la vigencia verdadera de la investigación en el campo y cuál es la velocidad de las citas. La utilización de mediciones de citas para todas las disciplinas no reconoce adecuadamente la manera como circula el saber en nuestras áreas y se corre el riesgo de imponer una medición que no dé cuenta de la práctica en nuestros campos de estudio.

¿El fin de las ciencias sociales?

Moisés Wasserman

<http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/el-fin-de-las-ciencias-sociales-mois-es-wasserman-columna-el-tiempo/16416449>

5:34 p. m. | 29 de octubre de 2015

Recientemente ha habido un gran número de columnas, foros, cartas y declaraciones en defensa de las ciencias sociales y de las humanidades. El origen del movimiento fue una calificación de grupos y de doctorados hecha por Colciencias. Los anuncios apocalípticos suelen mezclar diferentes problemas, lo que termina debilitando los argumentos para las reclamaciones más justas. Por eso es conveniente discriminar. La denuncia más grave es la de una presunta decadencia y futura extinción de esas disciplinas. Menos importante es aquella sobre la inconveniente calificación de grupos y programas de Colciencias y su preferencia por las ciencias naturales.

Sin duda, hay problemas en la enseñanza de las ciencias sociales. A mi parecer, el más serio es el deterioro que ha sufrido en la educación básica y media el estudio de la historia, la geografía y la filosofía. Cuando se está formando a la persona, es importante que entienda de dónde viene y en dónde está parada. El empobrecimiento de esas asignaturas contradice el propósito de formar mejores ciudadanos. Es fundamental que la gente comprenda los procesos sociales, y es importantísimo que entienda el espíritu humano y que disfrute de su diversidad inmensa y de su creatividad.

Para tranquilizar a mis colegas, en el campo universitario no hay signos de extinción. Entre los grupos de investigación (calificados y no), el 45 por ciento son de ciencias sociales y humanidades (Observatorio Colombiano de Ciencia y Tecnología, 2014), mientras que el 18 por ciento son de matemáticas y ciencias naturales. Según Ricyt (Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología), en el 2012 el 64,6 por ciento de los graduados en el país estudiaron ciencias sociales y humanas, mientras que solo un 2 por ciento estudiaron ciencias naturales y un 1,7 por ciento, agrarias. Puedo decir además, con pleno conocimiento, que hoy un estudiante de ciencias naturales tiene mucho más acceso a las humanidades y a las artes que el que yo tuve en los años sesenta tardíos. La objetada clasificación de grupos de Colciencias tiene problemas que he criticado desde su primera versión. Es necesario evaluar, pero eso debe servir para desarrollar políticas de fomento diferenciadas, no para otorgar calificaciones. La priorización inteligente no opera como un sistema binario de todo o nada. Debe ofrecer opciones con distintos acentos y tener además un amplísimo rubro de ‘varios’ que deje espacio a la imaginación de los investigadores. La evaluación debe ser diferente para distintas disciplinas. Al evaluar es más importante juzgar si lo que se propuso está bien fundamentado que tratar de imponer “lo

que hay que hacer” de acuerdo con estándares dudosos. Por otro lado, Colciencias tiene razón al argumentar que la evaluación es necesaria para distribuir recursos restringidos y que el juicio de méritos debe ser hecho por un grupo imparcial de pares, con criterios propios de cada disciplina y no por los mismos autores o sus amigos cercanos. Infortunadamente, todo ese sistema se puede quebrar cuando los recursos son tan precarios como los de hoy.

Un argumento recurrente en el debate, y que me parece equivocado, es el uso del posconflicto para acentuar la importancia de las ciencias sociales. Sin duda, ellas serán fundamentales, pero las placas tectónicas se seguirán moviendo, las epidemias seguirán llegando, habrá necesidad de carreteras y de mejores tecnologías agrícolas.

Hace poco alguien me preguntó cómo debe ser la universidad del posconflicto. Respondí sin dudar: debe ser muy buena. La gente va a seguir viviendo, y no se puede declarar la moratoria a aspiraciones personales ni a disciplinas que algunos consideren poco pertinentes. Todas tienen su lugar y todas contribuirán a la construcción de un país mejor.

Ciencias sociales y el desafío de la mercantilización del conocimiento

Antonio Elizalde Hevia

Polis (Santiago)

versión On-line ISSN 0718-6568

Polis vol. 14 N° 41 Santiago ago. 2015

<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682015000200001>

Cuando estábamos iniciando la redacción del prólogo del número 41 de *Polis*, hemos recibido desde Redalyc, una carta que señala lo siguiente:

“En referencia al *blogpostScholar* y *Open Acces*, en el que el bibliotecario estadounidense Jeffrey Beall trata de desacreditar la labor de los repositorios de acceso abierto, en específico las de Scielo y Redalyc, al compararlos con favelas, al tiempo que ensalza el trabajo de las editoriales comerciales, argumentando que estas últimas efectúan con mayor eficiencia la tarea de dar visibilidad a las revistas científicas, consideramos conveniente que tanto los editores de revistas de acceso abierto como las plataformas que apoyan este movimiento cierren filas en torno a estos ataques infundados y expresen su opinión al respecto en las redes sociales, así como en las páginas de sus publicaciones”.

Es necesario alzar la voz en favor del acceso abierto, puesto que tanto los editores como aquellos que lo promueven han logrado cubrir las necesidades de información especializada de estudiantes, investigadores y tomadores de decisiones en materia de desarrollo científico y tecnológico. Esto es cierto, aunque los defensores de las editoriales comerciales no quieran verlo.”

En relación a esta carta, Leonardo Montenegro, editor de la revista *Tabula Rasa* ha comentado lo siguiente:

“Apoyo totalmente la protesta en contra de estos ataques contra los repositorios de acceso abierto, que son además un ataque a las revistas que están allí. Pero fuera de un ataque de un señor Beall, que pocos conocemos, lo preocupante es la actitud y las acciones de entidades como Colciencias (la institución para el fomento de la investigación y el desarrollo científico del gobierno colombiano), que sigue insistiendo en desconocer la labor de Scielo y de Redalyc, y que pretende que las revistas indexadas con gran reconocimiento (clase A) sean solo aquellas que estén en bases privadas como ISI o Scopus. Colciencias pretende reconocer solamente a estas editoriales comerciales que están detrás de estos repositorios, avalando de esta forma la venta del conocimiento y que solo acceda a

él quien pueda pagar, mientras desconoce los alcances del open acces y la libre circulación del conocimiento”.

Por otra parte, las universidades y los profesores siguen este camino, en su interés en ganar “reconocimiento” unas y otros. Que en términos reales se ve traducido en entradas económicas. Sin embargo, a través del acceso abierto también se gana un gran reconocimiento, pero en un mundo controlado por la empresa privada angloamericana del conocimiento, el arrodillamiento que impone la academia norteamericana hace que se busque el reconocimiento de esta sin importar el resto del mundo ni de los aportes que se pueden hacer a él.

Enrique Zamorano, editor de *Theoria*, respondiendo a la carta de Redalyc señala a su vez: “Coincido con lo expresado y también aprovecho de manifestar mi rechazo al sistema que administra el conocimiento científico en nuestros países, que en lo sustantivo atiende el concepto neoliberal de mercantilizar el conocimiento científico, con los resultados que tenemos a la vista. En la editorial de nuestra revista he escrito cuáles son las ideas del directorio de la misma y en este escrito van reflejados los criterios que a nuestro juicio y el mío propio deberían primar a la hora de darle el valor al conocimiento creado. No soy el primero que lo expresa... ‘El conocimiento tiene valor *per se* y no según la revista que lo publique”.

Y adjunta el editorial mencionado, de su autoría, titulado “Revistas universitarias y la parábola del salmón” en el cual se señala lo siguiente:

“La tendencia editorial global imperante, que también se ha implementado en nuestro país con éxito en la mayoría de nuestras universidades, sitúa a nuestra revista, así como a tantas otras, en un plano de absoluta desigualdad, obligándoselas a competir en un mercado editorial que induce a investigadores de esas mismas universidades a publicar los resultados de sus hallazgos en revistas de categorías ISI preferiblemente y por lo cual muchas instituciones otorgan incentivos a los académicos que lo hacen”.

A esta exigencia subyace también una imposición a las propias universidades que son capturadas por el mercado del conocimiento, controlado por editoriales extranjeras, impactando diversas esferas de la vida académica, desde mecanismos de evaluación académicos, que valoran mayormente este tipo de publicaciones, hasta los mismos sistemas de jerarquización que privilegian avances de jerarquía sustentados en revistas de esta categoría preferentemente. Con ello, se obliga a académicos/investigadores a difundir sus hallazgos, producto de su investigación, hacia aquellas publicaciones indexadas en base de datos ISI, como si el conocimiento no tuviese valor *per se*, sino dependiendo de la revista en que este se publique.

Esto último, prácticamente no ocurre con revistas de las propias universidades las cuales no premian por publicar en sus propias revistas o, si lo hacen, es con una diferencia tan abismante que prácticamente se hace poco atractivo económicamente tal “negocio” y

consecuentemente el número de trabajos recibidos en estas se ha reducido dramáticamente a lo largo de los años. Es la alegoría del salmón y su supervivencia a contracorriente, aplicada a la temática de la productividad científico-humanista.

La paradoja del sistema es que la mayoría de las revistas ISI no son de acceso abierto (OA), de tal forma que, en circunstancias que la investigación es financiada con fondos públicos, en nuestro caso dinero de todos los chilenos, a los propios autores no les es dado acceder libremente a sus propios trabajos si la institución en la que trabaja no ha pagado suscripción para poder acceder a esta información, es decir: “*pay per view*” o “pague para ver”, que promueve el mercado de la información científica.

Es evidente que el modelo actual de difusión de la información científica, que nació en el siglo XVII, debe ser repensado como modelo de gestión o, si el lector lo desea, “como modelo de negocio” si aceptamos el lucro en el “mercado del conocimiento”. A estas alturas del desarrollo de las sociedades en que ya la revolución industrial es cosa del pasado y la sociedad ha avanzado hacia la sociedad de la información, no es posible que información científica que la ciencia genera como sistema sea rehén de pagos y que la información emergida de procesos de investigación, largos y laboriosos, quede prisionera de “proveedores” que fijan elevadas tasas para acceder a sus bases de datos y consecuentemente solo las instituciones poderosas tienen la posibilidad de pagar esos elevados costos.

Algunos estudios recientes (Houghton, Rasmussen, Sheehan, Openheim, Morris, Creaser, Greenwood, Summers, Gourlay, 2009; Friend & Swan, 2010) han identificado y cuantificado los costos y beneficios de tres modelos de publicación: vía suscripción, OA y de autoarchivo en repositorios. Ambos estudios concluyen que un OA a la ciencia mejoraría los rendimientos de la investigación, generando beneficios netos de largo plazo. Estos estudios ponen de manifiesto además que los beneficios emergen de un uso más eficiente de los recursos, así como de una mayor validez en las gestiones de las universidades en el ejercicio de sus tareas de investigación. Es indudable que este ahorro redundaría en efectos positivos para la propia comunidad científica de la organización, así como de sus bibliotecas.

La ciencia es un ejemplo por excelencia de colaboración creativa, no exento de las imperfecciones propias de un sistema construido por el ser humano. La enorme presión encima del científico de producir, léase publicar, ha tenido como una consecuencia no deseada un incremento en los fraudes, plagios y retractaciones (Fanelli, 2009). Es esperable que si los sistemas de evaluación académica se centran en cuantificar la productividad que a su vez es controlada de manera estricta por los comités en los órganos centrales de ciencia y tecnología para mantener subsidios o postular a ellos, los investigadores se ven a su vez presionados por adecuarse a un ranking, publicando hallazgos o resultados preliminares como definitivos.

En una de las notas incluidas en un artículo del actual *Lente de Aproximación* se señala que: “Se le ha otorgado en España el premio Príncipe de Asturias a SaskiaSassen.

Un fragmento del comentario aparecido en la prensa española (diario *El País*, 14 junio 2013) a propósito de esta importante intelectual dice lo siguiente: “La tercera enseñanza de Saskia Sassen nos lleva a la futura quiebra de nuestro sistema académico-universitario. Una de las científicas más importantes de nuestra época no ha conseguido ningún sexenio, ninguna acreditación, frente a los criterios de nuestras agencias de evaluación, que anteponen siempre el mismo criterio: tres publicaciones JCR (*Journal Citation Reports*) en los últimos cinco años. Sassen no tiene ni una, sino que ha publicado libros e informes, fruto de proyectos de investigación de verdad y referencias fundamentales para académicos comprometidos, ha publicado numerosos artículos en medios de gran difusión, etc., pero se ha resistido a la práctica de inflar su currículum con artículos estandarizados sin interés ni lectores, más allá de círculos de amigos de citación mutua. Estamos entregando nuestra calidad científica a Thompson Reuters (la empresa gestora de los JCR) igual que la calificación de nuestras economías a Fitch, Moody’s y Standard & Poor’s. La estandarización de nuestra enseñanza universitaria y de nuestra producción científica nos llevará a universidades sin debates, investigaciones sin compromiso y un sistema académico sin pensamiento. El tan merecido premio para Saskia Sassen nos deja, por lo tanto, un sabor agridulce porque puede representar un galardón para una representante de una estirpe en proceso de extinción”.

La información arriba provista nos permite destacar el meollo de la discusión que hemos querido abrir mediante la consulta realizada a un destacado y representativo colectivo de científicos sociales latinoamericanos a quienes invitamos a realizar un esfuerzo colectivo para dibujar el escenario que se abre a nuestro continente y el papel que en este deben jugar las ciencias sociales, convocándolos a escribir en torno a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son los principales desafíos que enfrentarán las Ciencias Sociales en nuestro continente? ¿Cuáles son las principales preguntas que deberemos hacernos para contribuir al futuro de la democracia, de la paz y de la sustentabilidad en nuestras sociedades?

Nos sentimos profundamente satisfechos por la respuesta obtenida a esta convocatoria colectiva, aunque cerrada, realizada por primera vez en nuestra década y media de existencia, pues hemos recibido un conjunto de aportes de enorme calidad, que nos permiten proveernos de un horizonte en función del cual encaminar nuestros esfuerzos editoriales, que a la vez recogen muchas de las preocupaciones en torno a las cuales hemos estado contribuyendo, tanto con la reflexión teórica así como con los resultados de investigaciones que han sido publicados en nuestras páginas.

Como ya lo esbozamos antes, el meollo de la problemática que confrontamos dice relación con la confrontación con un modelo de sociedad en el cual lo económico termina siendo, aunque discursivamente se lo niegue, el principal determinante de lo realmente existente. Ello porque todos, sin excepción, hemos ido dejándonos llevar por el sistema (*establishment*) por diversas razones, comodidad, seguridad, tedio, interés, beneficios varios, entre muchas otras posibles de enumerar, de modo tal que hoy, nos encontramos

virtualmente expropiados de nuestra condición ciudadana, en su potencial de ejercicio de una soberanía plena.

Incluso, muchos de quienes se consideran parte de la gran masa de “indignados potenciales” y reivindican actuaciones o posturas extra o asistémicas, son incapaces de tomar conciencia como casi la mayor parte de las diversas dimensiones constitutivas de su existencia cotidiana, están absolutamente funcionalizadas por el sistema.

Evaluación de la ciencia necesita nuevas mediciones

Mauricio Barreto

Es investigador principal de la Fundación Oswaldo Cruz de Bahía, Brasil. Se le puede escribir a mauricio.barreto@bahia.fiocruz.br

See more at: <http://www.scidev.net/america-latina/evaluacion/opinion/evaluacion-de-la-ciencia-necesita-nuevas-mediciones.html#sthash.8R60XOCB.dpuf>

<http://www.scidev.net/america-latina/evaluacion/opinion/evaluacion-de-la-ciencia-necesita-nuevas-mediciones.html>

Índices bibliométricos se vuelven fundamentales para evaluación científica y medición del impacto. Pero poner peso de la evaluación en cuantificación de publicaciones y citas no es suficiente. Urge idear nuevas medidas de evaluación y concebir fines no bibliográficos para actividad científica. A pesar de que no siempre la ciencia ofrece soluciones inmediatas para problemas relevantes de las sociedades humanas, actualmente, incluso en los países en desarrollo, crece la comprensión de su importancia en el mundo contemporáneo. Las razones para ello son variadas: mientras que los más pragmáticos ven en la ciencia posibilidades de generar riqueza, hay también quienes la ven como una estrategia fundamental para enfrentar los grandes problemas de la humanidad y sentar las bases para su sostenibilidad. Pero a menudo el trabajo diario del investigador—incluyendo cómo se selecciona y evalúa posteriormente su trabajo— está más relacionado con las actividades de investigación y docencia, o a los esfuerzos para, junto a las agencias de cooperación, obtener recursos para sus proyectos de investigación, y tiene poco que ver con estos grandes dilemas.

Los investigadores muchas veces viven en una misma universidad o centro de investigación y tienen aspiraciones comunes, siendo la principal producir conocimientos (y eventualmente tecnologías) innovadoras y útiles. Pero con inmensas diferencias en cuanto al contenido del trabajo—sea en la forma o conocimiento que se produce en cada campo científico— y en las expectativas, posibilidades y formas en las que se utilizará dicho conocimiento.

La ciencia está hecha por individuos capacitados que trabajan en instituciones diversas: universidades, centros de investigación, industrias, etc. y que por la afinidad de sus áreas y temas de investigación (también diversos) se reúnen en comunidades. Estas comunidades tienen similitudes y también diferencias importantes en sus aspiraciones, lo que hacen o producen.

Una de las semejanzas más marcadas es que la transmisión de los estudios o investigaciones se realiza mediante informes escritos que incluyen una síntesis del trabajo realizado, los métodos usados, los resultados y sus implicancias. Estas publicaciones se presentan como informes, libros o capítulos de libros y muy frecuentemente en artículos publicados en revistas científicas que antes se publicaban en papel, pero que están migrando rápidamente a la forma digital. Para facilitar su organización y localización, estos artículos se han indexado en sistemas bibliográficos (recientemente se han añadido motores de búsqueda como Google Académico).

“La cuestión central radica en cambiar la lógica de lo que queremos, lo que se hace y lo que podemos hacer con la ciencia que producimos”.

Como otra característica de los informes científicos es citar otros artículos para construir relaciones con los conocimientos precedentes, posteriormente apareció la posibilidad de registrar no solamente los artículos originales sino también aquellos artículos que fueron citados. Con excepción de los sistemas de registros de patentes –restringidos a áreas aplicadas de la ciencia que generan productos plausibles de ser patentados, y que eventualmente son utilizados en la evaluación científica– no existe nada más, aparte de los registros bibliográficos, para el registro sistemático de los posibles efectos de las actividades de las diferentes áreas de la ciencia.

En las últimas décadas, financiadores y gestores científicos, en búsqueda constante de mecanismos de evaluación de los resultados de la inversión en la investigación científica, o del desempeño individual o en equipos de los investigadores, se han volcado ávidamente, y no siempre de manera bien pensada, a estos sistemas.

Tal vez debido a que se extienden por todos los campos científicos (todos publican y citan) y por existir las bases bibliográficas que proporcionan los datos primarios para los índices propuestos, los programas de evaluación científica toman esta métrica como su principal referencia. Los índices pasan a ser derivados, como soporte de una nueva disciplina: la *cienciometría*.

Los diferentes índices bibliométricos se vuelven fundamentales para la evaluación científica y constituyen la medida “objetiva” del impacto científico de un individuo, institución o revista. Una cita se convierte en equivalente de calidad, dejando de lado los diversos factores que interfieren en esta relación cita-calidad, como por ejemplo si es un artículo de revisión, de varios autores, el idioma, la ubicación geográfica, el alcance disciplinario y el género de los autores (la evidencia demuestra que las autoras mujeres son menos citadas), entre otros.

El uso intensivo de estos índices estimula su desarrollo, pero también pone en evidencia sus limitaciones y deficiencias. Por ejemplo, los patrones de publicaciones y de citas varían entre las diversas áreas de la ciencia, haciendo necesaria una gran cautela en

la interpretación de los resultados de las comparaciones hechas entre los investigadores, revistas o instituciones de campos científicos diferentes.

El control de estas fuentes bibliográficas por empresas privadas, no siempre con mecanismos transparentes de control, también es una preocupación de muchos que investigan el tema, quienes enfatizan en las posibilidades de manipulación de estos índices.

En estos tiempos de crecimiento de las expectativas de la sociedad para con la ciencia, se hace más clara la percepción de la actividad científica como un proyecto de conocimiento y transformación del mundo en el que vivimos. En este nuevo contexto, se comprueba también que usar esta forma de evaluación limitada al *modus operandi* –escribir y citar– y las mediciones de ella derivadas, dejan fuera los potenciales y variados efectos no bibliográficos de la ciencia, es decir sus efectos sobre el mundo real. No hay duda de que las publicaciones son una etapa importante del trabajo de cualquier investigador o de cualquier programa científico, pero no deben ser su fin.

No es casual que, especialmente en muchos círculos académicos, la discusión de la evaluación científica esté centrada en los indicadores bibliométricos relacionados con los números de artículos y citas y mucho menos en la importancia y los efectos potenciales de la actividad científica. A consecuencia de la centralidad excesiva en las mediciones de las publicaciones y citas, entre los investigadores ha surgido una discusión interesante e intensa sobre el productivismo (con sus pros y contras) relacionado con el volumen de las publicaciones.

Colocar todo el peso de la evaluación –sea individual o colectiva– en la cuantificación de las publicaciones y citas es una estrategia que se está agotando. Añadir los efectos y beneficios que el conocimiento pueda tener, o que de hecho tiene en la vida de las personas y de las sociedades, cambiaría el énfasis de estas evaluaciones. La cuestión central radica en cambiar la lógica de lo que queremos, lo que se hace y lo que podemos hacer con la ciencia que producimos. Creo que es la forma de cambiar la dirección del debate sobre el productivismo y convertirlo en un debate útil sobre los significados del trabajo científico.

Cambiar la forma de evaluar la actividad científica sería una valiosa contribución a la búsqueda de sentido y utilidad del conocimiento que producimos. Sin embargo, hay que decir que esta no es una tarea fácil ni rápida, que requiere desarrollar nuevas formas de concebir fines no bibliográficos para la actividad científica y a continuación idear nuevas medidas de evaluación.

Un aspecto importante a tener en cuenta es que los diversos campos de la ciencia son bastante diferentes respecto de sus efectos. Y, en lo que concierne a la evaluación, esto se convierte en un problema: ¿cómo comparar campos científicos que generan efectos tan diferentes? Los esfuerzos para elaborar nuevos modelos de evaluación científica son parte de una empresa más grande que, para muchos, se necesita con urgencia. Sin embargo hasta el momento apenas si se ha propuesto, y requiere desarrollarse y probarse.

La misión de la investigación y de los investigadores debe ser ayudar a cambiar el medio (sea social, económico, cultural o ambiental) en el cual vivimos, y la evaluación científica debe constituirse en un instrumento que nos ayude a entender cómo contribuye a esa misión el trabajo científico.

Times Higher Education (THE) Bureaucracy: why won't scholars break their paper chains?

Eliane Glaser

<https://www.timeshighereducation.com/features/bureaucracy-why-wont-scholars-break-their-paper-chains/2020256.article>

May 21, 2015

We spend more and more time assessing what we do, and fewer and fewer hours doing it - just to give administrators something to do for their gold-plated salaries. Time allocation forms, research excellence framework documentation, module monitoring, and research funding applications: these Gradgrindian horrors are the subject of many a senior common room rant, and they have been extensively documented in these pages. Academics are spending less and less time thinking, reading and writing, and ever more time filling out forms. It seems clear that bureaucracy is somehow intertwined with the transformation of what were once institutions devoted to the pursuit of knowledge into commercial enterprises. Yet for me, two conundrums remain. If the “modernisation” of higher education is supposedly all about efficiency and productivity, why are managers imposing tasks that are by any common-sense measure a complete waste of time? And if academics are so demonstrably fed up with demands to fill out yet another piece of pointless paperwork, why do we continue to consent?

As part of a knowledge exchange project at my university – itself arguably a product of the bureaucratic imperative to measure “impact” – I organised a modest survey of academic bureaucracy: first, to identify the bureaucratic activities carried out by colleagues at my institution and beyond; second, to attempt to identify their source and apparent motivation; and third – crucially – to probe the underlying factors that might explain the curious fact of academic compliance.

Serendipitously, a book of essays on bureaucracy by David Graeber, the anthropologist and activist, appeared in March. Titled *The Utopia of Rules*, it's a fascinating elucidation of an ostensibly unpromising topic. Bureaucracy is traditionally associated with the public sphere. But as Graeber demonstrates, this association is far from natural: it is the result of bureaucratic controls being forcibly applied to the public sector. Meanwhile, the private sector appears lean only because the regulatory apparatus has been all but stripped away: in the public sector, bureaucracy is called “accountability”, in the private sector, it's “red tape”.

Shielded, therefore, by an illusory opposition between the market and bureaucracy, the new university management imposes systems of audit, evaluation, assessment and accreditation in the name of increased value for money. Yet this is deeply ironic, because the infinite regress of online forms and email chains leads academics directly away from productivity. In a related, widely read article for *Strike!* magazine titled “On the Phenomenon of Bullshit Jobs”, Graeber asks why it is that in advanced Western economies, saturated in the rhetoric of austerity, and supposedly reaping the rewards of modern technology, administrative labour has proliferated. “In a world ever more in thrall to the imperatives of profit, competition and market-driven efficiency,” Graeber observes, “it is bizarre for employers in the public and private sector alike to be behaving like the bureaucracies of the old Soviet Union, shelling out wages to workers they do not appear to need.” Graeber’s explanation is that long-hours pen-pushing – or mouse-clicking – is imposed on employees as a form of social control: it’s a way of ensuring that we are too monitored, busy and tired to raise questions or revolt.

The “moral and spiritual damage” resulting from the fact that “huge swathes of people...spend their entire working lives performing tasks they secretly believe do not really need to be performed” is, Graeber claims, “a scar across our collective soul”. Likewise, bureaucracy has become a ubiquitous cliché of modern academia, and to call it out seems naive, as if not accepting the “real world”. Yet it produces a disjunctive sense of playing along with a fiction.

If accounting measures applied to academia to make it more efficient actually have the opposite effect, what is their real purpose? Is the impulse to count and assess all activity via “performance indicators” and “quality assurance” a quixotic yet sincere attempt to increase productivity; the application of a belief that things are not real unless delineated virtually; a simple failure to grasp that the more time one spends trying to “capture” academic “output” via bean-counting and online systems of representation, the more it slips away? Since the financial crash of 2008-09, we have seen ample evidence of misguided faith in marketisation to suggest that this explanation is credible. Yet it does not account for the moralising and punitive manner in which bureaucratic demands are formulated. They are derived from private sector managerialism, yet while they have been largely flushed out of business itself, they are applied to academia in a correctional spirit, as if it is not behaving in a sufficiently businesslike manner.

There’s a simple explanation for the drive to quantify everything: the replacement of the horizontal self-government of university departments with the vertical hierarchy of departmental heads and senior management. Academics used to document their output on their CVs; now, managers have to find ways to justify their existence. “Everyone knows the results are absurd,” Graeber tells me via email. “We all spend more and more hours of our day discussing, analysing and assessing what we do, and fewer and fewer hours actually doing it, and all of it, just to give these high-level administrators who aren’t really needed something to do for their gold-plated salaries.”

But this is more than just a power shift, Graeber notes. “It represents a transformation in our basic assumption about what a university is... Thirty years ago, if you said ‘the university’, people assumed you were referring to the faculty. Now if you say it, people assume you’re referring to the administration.” The corporate bureaucrats who now run universities are “often more interested in real estate speculation, fund-raising, sports, and ‘the student experience’ than anything that has to do with learning, teaching, or scholarship at all”.

Through a curious inversion, to insist that knowledge should be valued in and of itself, and that universities should be places of learning, has come to seem morally suspect. Just as public sector employees are repeatedly reminded that their salaries are funded by “hard-working taxpayers”, academics feel increasingly beholden to fee-paying students. The result is guilt for having a nice job, for being able to stare out the window thinking interesting thoughts about subjects that have no obvious, tangible “application”. It’s almost as if it would be better if academics spent the bulk of their time filling out forms for the sake of it, because at least then they wouldn’t be enjoying themselves on the public, or the students’, purse – even if that resulted in fewer books being written.

One acknowledged that bureaucracy ‘can become addictive and/or act as a means of avoiding other activities’. Is this an awkward truth - that form-filling provides convenient relief from taxing intellectual labours?

The bureaucratic lexicon is revealingly disciplinary: time allocation software is introduced to make academics “account for” their time, with all the financial and moral connotations of bookkeeping and being “held to account”. A recent KPMG report on time allocation monitoring stressed that “it is important that the sector understands that there is a risk of more punitive requirements being imposed on it if the reported credibility of the...data does not improve”. Here we have a tantalising glimpse of the recognition of an open secret: that the forms are largely bunk. But this is swiftly closed off with the threat of redoubled “requirements”.

Bureaucratisation is the product of top-down edicts, therefore, but also, as Graeber’s article on “bullshit jobs” illustrates, of acquiescence. Workers themselves participate in a race to the bottom: those with dull jobs envy those whose jobs are stimulating, and those privileged few in turn feel guilty. In academia, departmental collegiality is thus recruited to the task of ensuring that everyone takes a good turn on the administrative treadmill.

Graeber recounted his attempt, during the student protests against increasing tuition fees in 2010, to come up with a way for lecturers to take part. “Most clearly weren’t going to join the occupations, but I thought some kind of boycott of more obviously meaningless paperwork – say, all those self-assessment documents that would only be used to figure out who to cut. If you see a document about ‘excellence’ or ‘quality,’ just ignore it, don’t fill it out, I said. People stared at me as if I were insane. What, not fill out the form? You have to fill out the forms! Otherwise, someone will suffer. It’s never quite clear who.

But you are always made to know if you don't do this or that form, you're hurting someone else." In this way, Graeber told me, "academics are trained in passivity".

A non-specific sense of duty has come to characterise the culture: several respondents to my survey were not aware of the origin of bureaucratic demands. "No one seems to know where these ideas come from," one said. As chains of command stretch up out of sight, there is a paradoxical risk of second-guessing their rigid necessity. Surveillance is imposed, but also internalised, as the cultural theorist Rosalind Gill has observed, by the repeated habit of describing one's own activities.

There is an obvious practical explanation for compliance: fear of censure, of not being promoted or even of losing one's job – not necessarily by being fired but through increased precarity once inevitable cuts are made. But my survey elicited more counter-intuitive motivations. One respondent acknowledged that bureaucracy "can become addictive and/or act as a means of avoiding other activities". Is this an awkward truth – that while research and writing are highly prized and fiercely defended by academics, form-filling provides convenient and increasingly ubiquitous relief from the taxing intellectual labour that those really important activities require?

In *The Utopia of Rules*, Graeber offers a convincing account of bureaucracy's perverse attractions. It offers a chimera of absolute transparency, consistency and fairness. It is like a game with perfect rules – and which is also not at all fun. In this sense, Graeber argues, at the heart of bureaucracy is a fear of play, of creativity. Unsurprisingly, numerous studies illustrate how creativity is inhibited by the restriction of autonomy, the hallmark of bureaucracy. The fear of freedom may be an understandable human quality, therefore, but it's lamentable that it's becoming so firmly enshrined in our work culture.

If form-filling provides relief from the messy challenges of research, so too does getting angry about it: one survey respondent described how a sense of grievance about bureaucracy offers a channel for "rage and aggression", and that this is counterproductive: it's less taxing simply to fill out the form and not get exercised about it. If the forms are futile, so is resistance. Yet as Marina Warner pointed out in her recent broadside against the neoliberal university in the *London Review of Books*, this is an example of what the American scholar Lauren Berlant calls "cruel optimism": academics kid themselves that there will be just one more form, that bureaucracy cannot just carry on expanding. This is how productive anger is endlessly deflected and deferred.

It's understandable that the last thing academics want to do is spend yet more time thinking about bureaucracy – not only because of its already excessive impingement but also because it appears to be devoid of any meaningful substance. "Paperwork", Graeber notes, "is boring." But while bureaucracy itself has ballooned since the 1980s, the number of references to it in academic publications has dwindled, as if academics – along with the broader culture – are in denial about its irrational pervasiveness. Graeber argues that it's time Foucault's association between knowledge and power is overturned. Having

knowledge does not confer power, as academics now know to their cost. Instead, power is exerted precisely through processes that seem innocuously blank.

So what are the possibilities for Bartleby-like refusal? One strategy is to cite managers' own stated objectives of efficiency and productivity against bureaucratic injunctions. However, as one survey respondent pointed out, the very category of "productivity" is not really appropriate for academic work. "Advances can come in all shapes and sizes: the long hard slog or the eureka moment." Teaching, likewise, "requires investment of time to be good quality – increasing 'productivity' is possible" – by doing more of it – "but not the primary goal of improving teaching standards".

Ultimately, resistance is impossible without collective solidarity: compliance is a facet of isolation. While "collaboration" has become a buzzword of the grant bid, structural possibilities for cross-university cooperation remain woefully limited. Graeber, at least, sees hope in the revival of student protests: recent occupations have made the reduction of audit culture a key demand. "We're at an historical juncture," he concludes. "If students and staff join forces, and start trying to think together about what sort of university system they'd like to see, I think we'd be quite surprised [at] what could be done."

Usos y abusos de la bibliometría *

Yuri Jack Gómez-Morales

Universidad Nacional de Colombia

yjgomezm@unal.edu.co

Hace seis meses el profesor Jon Elster visitó Bogotá para presentarnos sus ideas en torno a lo que él consideraba como nuevos oscurantismos en las ciencias sociales. Para Elster y para el grupo de cinco distinguidos académicos toda la teoría social producida en los últimos cincuenta años, desde Foucault hasta Latour, desde la genealogía hasta el constructivismo, eran, en resumen, basura. *Bullshit* fue, para ser más precisos, la expresión utilizada por estos refinados académicos. Toda la diatriba de Elster derivaba en realidad de las consecuencias que los sistemas de incentivos a la productividad y la presión por escalar en los *rankings* internacionales vienen ejerciendo sobre el sistema universitario europeo.

Aunque no he estudiado la manera como estos incentivos funcionan en Europa, para mí era claro que lo que los colegas de la reunión de marras percibían como problemático era el hecho de la proliferación de artículos en ciencias sociales y humanas, y la consiguiente inducción de una estructura de oportunidades desigual en la que los científicos de las ciencias básicas no encuentran las mismas posibilidades que antes. Este escenario resultó muy sugestivo para pensar en lo que ocurre aquí en Colombia que, por comparación, resulta ser una especie de mundo al revés.

En la cada vez más aguda crisis institucional en la que se sume la educación superior pública en Colombia, por poner la discusión en un contexto específico, una perspectiva como esta no hace más que auspiciar una guerra de las ciencias, que busca hacer de nuestras instituciones meros politécnicos en los que solo la buena ciencia tendrá un espacio. Al final, en ese escenario posible, ni siquiera un seminario sobre los nuevos oscurantismos podría tener lugar porque seguramente sería catalogado como mala ciencia o como pseudociencia. Y es que justamente la tradición bibliométrica estuvo asociada en sus orígenes a una de las instituciones que muchos caracterizarían como oscurantista.

* Las notas que siguen fueron tomadas y editorializadas conforme el texto originalmente leído en el II Conversatorio Conmemorativo de la *Revista Colombiana de Antropología*, que se llevó a cabo en Bogotá, el 24 de octubre de 2014, en el auditorio Paul Rivet del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, con la participación de los antropólogos Carlos Andrés Meza, Wilhelm Londoño, Jairo Tocancipá-Falla, Hernando Pulido y Leonor Herrera.

La historia del control bibliográfico... destaca también otro proyecto importante y que, al igual que el índice, continúa vigente en nuestros días. Se trata de un proyecto utópico, sin duda, pero al mismo tiempo incluyente y quizás hasta democrático; inauguró todo un “género” y le granjeó al polímata Matías Gesner el título de padre o precursor del control bibliográfico. Su utopía consistía en hacer el registro de todos los textos impresos en Europa, un proyecto al que denominó *Bibliotheca universalis* (1545), y que fue publicado en cuatro volúmenes entre 1545 y 1549.

El Directorio Ulrich, uno de los más comprensivos que se puede conseguir hoy, sigue en la línea de Gesner e incluye un poco más de trescientos mil registros de publicaciones seriadas de todo tipo: desde *Cosmopolitan* hasta *Scientometrics*, desde *Cromos* hasta *Scientific American*. Ciertamente, para los servicios informativos del ISI, *Cosmopolitan* o *Cromos* son publicaciones por fuera de su *scope*, o alcance, y en esa medida justifican su exclusión. Pero justificar que solo ocho mil de las trescientas mil revistas que registra Ulrich sean seleccionadas por el ISI requiere más que este criterio del *scope*, pues muchas de esas revistas son también, o claman serlo, publicaciones especializadas que siguen altos estándares editoriales.

De hecho, en el reciente Congreso Iberoamericano de Indicadores de Ciencia y Tecnología conocimos un trabajo muy interesante en el que se sugería que no hay una relación directa entre estar indexado en servicios como el ISI y tener altos estándares editoriales (Chavarró, 2013). Como sea, Garfield (1955) sugirió que quizás bastaría con un pequeño núcleo de revistas para tener al menos un panorama de lo más significativo de un campo y operativizó la significatividad en términos de citas: “cuantas más citas tenga un artículo dado, más significativo será para el campo” (109).

La citación como medida de significancia es una de las cajas negras (Latour, 1987) sobre las cuales se ha instaurado hoy la práctica bibliométrica. No obstante, esta caja negra ha sido cuestionada muchas veces y por diferentes razones. De hecho, algunos de los primeros trabajos en *Science and Technology Studies* (STS) estuvieron críticamente orientados a exponer los problemas conceptuales de la bibliometría: MacRoberts y MacRoberts (1982) mostraron, justamente, que la manera como fue construida la ley de Lotka (1926) afecta significativamente la naturaleza de la distribución; Gilbert y Woolgar (1974) realizaron la más temprana crítica a la ley del crecimiento exponencial de la ciencia de Price (1951, 1964).

La citación como recurso metodológico carece de una teoría que la sustente... y la crítica a la bibliometría rápidamente se transformó en una nueva apreciación de la citación, ya no como medida de significancia sino como recurso retórico en la argumentación científica, en los Estados Unidos, donde el funcionalismo tenía su bastión, la crítica gravitó en torno a los usos de la citación con fines de evaluación del personal científico y de la asignación de recursos.

Las páginas editoriales de *Science* y muchos artículos de fondo en *The American Sociologist* son testimonio de esto. El impacto del préstamo del BID sobre el desarrollo de la ciencia y la tecnología colombiana, referido al número de artículos internacionales publicados en alguna de las ocho mil revistas cubiertas por los servicios informativos del ISI (McLauchlan de Arregui, 1988), llevaban a concebir la ciencia nacional como un objeto que implicaba un desconocimiento, una invisibilización de los componentes locales y regionales. O como dice el autor a una “ciencia publicada en los medios locales y regionales de circulación”. Por ello este debate tuvo su punto más alto en las páginas de *Scientific American*, que inaugura su primera edición en español con el artículo que lleva el intrigante título de “La ciencia perdida del Tercer Mundo” (Gibbs, 1995). Con un estilo periodístico, Gibbs conduce al lector a través de diferentes puntos de vista recogidos entre científicos, editores y expertos bibliométricos sobre los problemas asociados a la edición científica en el Tercer Mundo.

Así que el modelo de internacionalizar la investigación tan solo ha puesto un acento en la promoción de la publicación internacional, al punto que las publicaciones sobre física del plasma de investigadores argentinos o la publicación multitudinaria de los colombianos asociados al instituto CERN son otros ejemplos de este tipo de resultado perverso. Ninguno de los grupos ha producido otra cosa que *papers* en coautoría internacional con un alto número de citaciones en términos de las bases de datos internacionales. Entonces, cuando la política pública se felicita y sigue promoviendo la publicación en colaboración internacional sin tomar en cuenta los efectos perversos que esto puede producir en países cuya inversión en ciencia y tecnología es baja y donde cada dólar nos cuesta mucho sacrificio en otras políticas sociales, puede hablarse de un gobierno y una política oscurantistas.

De las guerras por los mercados de la información científica, entre los carteles editoriales de Thomson Corporation y Elsevier Publishers, fue que vimos surgir iniciativas como Publindex, en el contexto nacional, Latindex y Scielo, y más recientemente Redalyc, en el contexto regional. El sistema de incentivos perversos, que promueve la publicación orientada internacionalmente, y saluda y fomenta procesos de integración subordinada con los centros científicos, pone en peligro los logros alcanzados por estos servicios. Scielo, por ejemplo, fue recientemente adquirido por Thomson Corporation, que es la casa editora del ISI, y mientras tanto Scopus viene adelantando una agresiva campaña de marketing con cada uno de los editores, en la que ha negociado los derechos sobre sus publicaciones. Por su parte, las revistas locales se van quedando sin científicos que quieran escribir en ellas porque, para ellos, como resultado de la penetración del proyecto hegemónico de universidad, lo que da prestigio es la publicación internacional indexada y la coautoría internacional. De esta manera se reconfigura la identidad de las comunidades científicas locales.

En el contexto de las revista académicas producidas en el país, cobra sentido otra de las afirmaciones del profesor Tocancipá en torno a la citación como medida de la calidad. Durante los veinte años transcurridos entre la propuesta del modelo de evaluación de re-

vistas (Gómez-Morales, Anduckia y Rincón, 1998) y los recientes documentos de política de Colciencias, en la práctica, el sistema Publindex se desmontó al no ser considerado como el *novísimo* modelo de evaluación de grupos. La idea predominante en materia de valoración de la actividad científica estaba asociada a la productividad científica; el foco de atención de la evaluación estaba puesto sobre los artículos, los productos.

Hoy en cambio, como resultado de otros procesos de cualificación de la publicación nacional, pero también de aquellos enmarcados en las guerras por los mercados de la información que ahora se libran en América Latina entre los carteles de Thomson Corporation y Elsevier Publishers, el nuevo foco de atención de la evaluación es la citación.

Pero es aquí donde la pregunta del profesor o el cuestionamiento de la citación tiene sentido, pues los políticos de la ciencia y la tecnología acriticamente consideran la caja negra de la citación como una genuina e incontrovertible medida del impacto de una publicación y, ultimadamente, como una prueba de su calidad.

Esta transformación en el foco de atención de la evaluación tiene dos problemas: uno teórico, que más bien poco les importa a los políticos pero que las comunidades deberían saber, y es que la citación, o mejor, el análisis de citas, fue en sus orígenes una metodología para la documentación científica que se sostenía en la idea de que esa operación retórica que un autor realiza cuando hace una referencia a otro escrito dentro del propio tiene, cognitivamente, un valor muy grande, pues establece una relación entre textos que comparten una idea en común; esta es más o menos la definición clásica de Garfield (1955).

Pero pasar de esta idea metodológica a su operacionalización, como simple suma de citas, y sobre esta base afirmar que cuantas más citas gana un texto, tanto mayor es su calidad científica, es otra cosa... tanto que en otros apartes de las referencias sobre las revistas de antropología el autor postula que si aceptamos que la medida de citas, con todo y sus vacíos teóricos, puede darnos una idea del consumo de la publicación nacional, aunque no necesariamente del impacto, entonces, ¿los servicios de la Thomson o de Elsevier son idóneos? ¿Representan de manera adecuada la situación de la publicación y el consumo a nivel nacional y regional? Yo no lo creo, pero los políticos de la ciencia sí y por eso están desmontando a Publindex.

Cuando retoma algunos de los puntos que Wilhelm Londoño en la presentación de los científicos, extiende una pregunta no solo a los colegas antropólogos, sino también a los sociólogos, psicólogos, trabajadores sociales y arqueólogos: ¿cuánto publican en revistas internacionales de alto impacto?, es más, ¿qué tanto de lo que publican está en formato de artículo? ¿Acaso no tenemos cierto gusto que es, al mismo tiempo, una necesidad cognitiva de publicar más bien libros o de realizar esfuerzos colectivos escribiendo capítulos en libros editados, o de hacer radio o televisión cultural o comunitaria, o de hacer prensa y opinión?

Crítica entonces, el valor de eso que ¿hoy en los modelos de medición de los políticos de la ciencia? ¡Ninguno! Claro, existe una minoría, una élite científica que accede a estos circuitos internacionales de la producción científica, pero que están por evaluarse en cuanto hace a las consecuencias de asumir un patrón subordinado de publicación promovido por políticos de la ciencia y por administradores universitarios oscurantistas (Kreimer, 2013) para definir la agenda nacional de investigación.